

La espiral y el instante

Raquel Ayala.

Pausa

Ya me había pasado antes, tener esa sensación de ilusión mezclada con la necesidad de plantarme con la realidad, el abandono obligatorio de la ensoñación; pues en seguida me venía la respuesta negativa y la desilusión me rompía un poco por dentro.

Esa noche fue diferente, me empecinaba a creer en la negativa, pero todas las señales que mi cuerpo emanaba me decían lo contrario.

La noche había pasado a segundo plano, la cama apenas si me sostenía, eran más grandes mis ganas de ver amanecer y así tener la seguridad de creer en la verdad o la mentira que mis sueños me develaban.

Como nunca me desperté antes de tiempo, me arreglé antes de tiempo, salí de casa antes de tiempo.

Muy segura de mí me paré frente al mostrador, por un instante la negativa me invadió, pensé en no hacerlo, en dejarlo pasar, en esperar unos días más para saber; pero no era la primera vez y seguro no sería la última así que concluí la compra.

Cuando llegué al lugar donde habría de efectuar la misión el espacio estaba vacío, olía a silencio y complicidad. Me encerré en el baño, abrí la caja, oriné en un simple y pequeño cuadro de algún material absorbente, coloqué la tapa y esperé. Intentaba no pensar, hacía el esfuerzo por no mirar, esta vez, antes de tiempo.

Una vez más escuché ese sonido de “ya está” y corrí hacia él como no queriendo sin querer.

Embarazada

1 – 2 semanas

Apenas podía creer la verdad, me temblaba hasta la voz aún sin tener que hablar, con trabajos tomé una fotografía movida y se la envié. Había sucedido un

milagro en mí y apenas podía creer que la verdad era real, que mi cuerpo no había mentido y que mis sospechas eran ciertas, aunque no había registro en mí de que pudiera ser cierto.

La prueba de sangre que hice horas después dio la respuesta concluyente. Todo era verdad, sí estaba sucediendo y no era mi cabeza haciéndome una broma más.

Después de eso todo fue a cuentagotas, la cita al médico, los días de trabajo, los días para verlo a él y sentir su abrazo. El médico negó mi estado, me dijo que no estaba embarazada, que era mi cabeza, que las pruebas mentían y yo sentía tanta furia ¿qué iba a saber él?

Mis amigas que ya eran madres me daban la bienvenida, mi padre y mi madre me mostraron su contentura con sus consejos. Esa dulce voz que hace mi madre cuando algo le causa ternura.

Cada día era mágico, sentía mi cuerpo y me parecía un milagro en su totalidad, estaba tan agradecida con el universo por poder ser partícipe de esto que había querido experimentar desde que me acuerdo. Nunca me había sentido tan gloriosa.

A la semana llegaron los comentarios que no quería escuchar. Llegaron de todas partes los negativos, los peligros, las falsas ilusiones, lo que no debo comer, lo que no debo hacer, lo que no... lo que no... lo que no... que debo esperar lo peor hasta esperar de verdad y ¡PUTA MADRE! no entiendo porque la gente actuaba como si de mí, de nosotros, se pudiese esperar lo peor. Juegos de mi mente, problemas, mentiras.

Aquella noche él me abrazaba, nunca había sentido tanta ternura en su tacto, en su trato. Todo estaba tranquilo y sentí un dolor más intenso que los cólicos que había sentido las tres semanas anteriores, seco, prolongado, diferente.

Por la mañana fui al baño y había algunas gotas cafés en el papel: “implantación” pensé. Llegué al trabajo con la incertidumbre, hablé con algunas amigas, el tono fue alarmista, pero sin decir la verdad. Dejé el trabajo y fui al hospital.

Era la primera vez que estaba en un hospital materno en la sala de espera de urgencias, me sentía tan sola y abrumada, no entendía qué estaba sucediendo, por qué, ni para qué.

Cambié mi ropa y me puse una bata blanca, me temblaba todo el cuerpo, me sentía tan vulnerable.

Me hicieron muchas preguntas y me pasaron a ultrasonido. Lo hicieron vaginal. La aprendiz no veía nada. Llegó un doctor a apoyar y ella dijo que era un embrión de 8 semanas, el error de todos gracias a mi forma irregular de ser.

Tengo, a lo mucho, tres semanas.

Se hizo un silencio, seguí hablando y explicando cosas, pero poco a poco mi voz se fue apagando porque no les importaba lo que tuviera que decir.

Trataron de escuchar un corazón que aún no estaba allí, era tan pequeño que sólo yo creía que realmente estaba allí.

Dale progesterona, incapacidad por dos días y cita para el martes.

Salí de ahí igual como entré. En shock.

Llegué a casa, me acosté, me dormí. El sangrado seguía. Amaneció y todo parecía normal. El sangrado se había detenido al igual que los cólicos.

Al siguiente día desperté, fui al baño y el sangrado era mayor, como mi necesidad de entender qué estaba sucediendo cuando volví a esa sala de espera, con cólicos más fuertes y sangrado más abundante.

La espera fue más larga, la bata me daba frío y el andar de las embarazadas que rondaban por allí me abrumaba y entristecía.

Cuando entré a que me hicieran el ultrasonido la doctora me mostró la pantalla.

No hay nada ahí, más que un poco de endometrio. Las pruebas anteriores registraron un saco pequeño; pero ya no está.

No sé cómo hice para aguantar, para resistir el llanto y no doblegarme ante el dolor que me produjeron esas palabras.

¿Se salió?

Fue lo único que pude decir.

Sí, lo más seguro es que lo expulsaras.

Fui a cambiarme sintiendo que estaba teniendo un mal sueño que no podía detener.

Vas a tener que comprar Misoprostol en la farmacia para completar el proceso en casa, por la naturaleza de tu aborto, no hay necesidad de legrado, te vemos el lunes para revisar que haya salido todo. Ahora ve a que te saquen sangre para conocer los niveles de hormona que tienes.

Él estaba allí afuera esperándome y no sabía cómo iba a explicarle lo que había escuchado si ni siquiera yo entendía qué jodidos estaba sucediendo.

Fui a la farmacia sintiendo cómo me invadía la desdicha, aun tratando de saber qué pasaba.

Cuando volví con él se quebró, lloraba y hablaba sin sentido, se culpaba. La edad, el ritmo de vida, el trabajo, su no saber cómo actuar ante la situación. Me vino bien escucharlo. Estaba diciendo lo que yo no me atrevía a emitir. Finalmente, las siguientes horas serían mías.

Estaba muriendo de miedo. Tomar las pastillas, sentir el dolor, ver la sangre, no dormir y todo durante horas.

Al final no hubo dolor ni falta de sueño. Pero me es imposible describir lo que sentía al ir al baño y encontrar en el papel restos de quien pudo ser sin saber si realmente era él o sólo una parte más de mi sistema. Recurrir al llanto y la

despedida a cada parte que salía de mi cuerpo esperando que me perdonara si es que algo de lo que hice estuvo mal o si algo de lo que la gente dijo causó daño.

Sólo podía pensar: “Era tan pequeño”. Ni siquiera nos dieron la oportunidad. Ni siquiera pude saber cómo se veía dentro de mí en su diminuto saco sin corazón. A mí que tanta ilusión me había hecho haber vivido ese milagro.

Después de eso toda la gente se alejó, dejaron de hablarme y otras, simplemente, hicieron como si nada hubiese pasado.

Ahora, después de un mes de haber tenido un aborto espontáneo completo, tres días antes de mi primer mes, sigo sin entender qué pasó, por qué o para qué; pero sigo esperando el momento en el que el milagro vuelva a mí; pero ahora no, aún sigo bastante deshecha, sigo luchando por salvarme de esta.

Con tu cuerpo sin forma,
No podrás morir.
Con nuestra sangre,
No podrás morir.
Sin corazón,
No podrás morir.
Sin piel y sin aire,
No podrás morir.
En la luna llena,
No podrás morir.
En la noche con lluvia,
No podrás morir.
En nuestra cálida cama,
No podrás morir.
En mi vida y mis sueños
No podrás morir.
En una imagen blanco y negro,
No podrás morir.
En mi vientre vacío,

No podrás morir.
No podrás morir,
No podrás morir.

Rojo eterno

Vine al mundo como cualquier otra persona. Tras una implosión invisible que se anida en un cuerpo. Mi existencia se ha basado en recoger los restos que de mí se regaron después del encuentro de dos vidas más o menos formadas.

Rota he estado. Sobreviviente he sido de mi propio caos, aun cuando no tenía otro deseo más ferviente que el de caer en manos de la muerte y no volver jamás, no ser más que cenizas. La desventaja del suicidio es que es una salida fácil y a mí, a mí me gusta lo difícil. El verdadero reto es seguir el sendero, atreverme a descubrir quién soy desde mis entrañas y hacer piel, mi propia piel.

La idea del suicidio fue mi primer contacto conmigo, para desgracia del mundo, para fortuna mía.

25 de junio del 2000. Tez blanca, 1.55 de estatura, 45 kilos. Semblante sereno, tímido, inseguro, como si se fuese a desfallecer en cualquier momento.

Una 'Y' en la muñeca izquierda, siguiendo el curso de las venas azules en la piel transparente, sangre, rojo sangre, rojo eterno. Mi sangre roja eterna. Dolor emocional y lágrimas. Soledad y silencio. Secreto. Quinceaños.

Mi cuerpo lleno de sangre fue la señal, era momento de seguir. La meta: vivir.

Dos años después y una herida sanada casi imperceptible me hice dueña de mí, a vivir. Fuera de casa. Aguerrida, soñadora, independiente: libre. El día que a mí vino la revelación de mi nuevo camino y darme cuenta de que puedo lograr todo lo que me proponga me hice una promesa. No rendirme nunca más. Cerré el trato con una navaja incrustada en mi piel, en el mismo lugar, con la misma forma, pero más profunda. Sangre.

Había surgido por fin la base de mí, mi primera piel. No había más miedo, ni rencor. A cambio la soledad se había hecho mi amiga y la seguridad de ser quien soy se apoderó de mí. Conseguí mis metas, elaboré mis sueños y fui tras ellos.

Mi segunda piel llegó a mí cuando volví a contactar con mi familia y valorando todo eso de donde yo he venido. Dejando una ciudad atrás, con muchos

nombres, rostros que se van borrando, besos repartidos, amistades que se han llevado algo de mí a la muerte.

Mi vuelta al origen de mi existencia me llevó a las letras, la literatura, la academia y los retos que se presentan cada día como lograr poner los pies en el suelo y sentir mi peso sobre ellos para seguir andando un día más.

Los libros, la música y el cine se volvieron mi estandarte. La oscuridad mi entorno; el misterio mi esencia y mis ojos la develación del lugar donde va la bala.

La siguiente piel fue el amor, tuve a Tijuana enredada en mi cuerpo durante tres años y en ella otra piel y otro cuerpo que no se correspondían con la mente. Es, tal vez, el sentimiento más puro que pude haber tenido. Mis ojos veían una cosa, toda yo siempre lo vi como él. Y aunque la distancia destruyó muchas cosas me abrió paso para una nueva aventura con nombre de mujer.

El nacimiento y la decadencia se presentó ante mí tras ocho años, me había perdido en algún punto no había más yo, todo se volvió abrumador, ensordecedor, violento y me veía tan pequeña, vulnerable y desolada.

El feminismo llegó a mi vida, mi cuarta piel, mi resurgimiento, mi vuelta a la vida. Abandoné todo lo construido. Me elegía mí por sobre todas las cosas sin importar el llanto, los reclamos, la indiferencia y la manipulación. Ahora sí, ahora sí me tenía a mí y el dolor de la despedida sólo me daba esa sensación de saciedad de estar verdaderamente viva.

Me usé a toda yo para salir de esa. Qué iba a saber yo que la quinta piel tocaría a mi puerta y el cine con nombre de hombre me atravesó las pieles me marcó para siempre.

Las manifestaciones de mí, la revolución y trascendencia de mí se posó en mis manos. Ahora la imagen es más clara, las pieles de las que estoy hecha son tangibles con amor y orgullo.

Esta soy yo con intensidad, entre mis oscuridades, al compás de mis pasos firmes, los sentimientos a flor de piel y el rumbo fijo a sabiendas que no hay nada más seguro que la muerte me ha de llegar cuando haya terminado de recoger mis piezas de entre las cenizas.

Agradecida porque sin ti, no sería yo con todas las letras de mi nombre y el recuento de los días.

Hallazgos

Estás parada frente a esa pared negra en ese pasillo estrecho, las marcas de agua en ella se desvanecen lentamente con el aire. Dibujaste una mesa dos sillas, una al extremo de otra, algo sobre ella, dos sillas, tú en una de ellas: una bolita, varias líneas rectas simulando brazos y piernas, otras formando un vestido, que ni usas. La otra silla está vacía y te sientas plácidamente a ver cómo se el tiempo seca esa idea, a un metro de distancia. “Seis años de soledad” Yo.

Sales del pasillo, pasas por debajo de las escaleras de concreto, sales al estacionamiento vacío. La calle en seguida, vacía. Pasa él. Años mayor te mira, va hacia ti, te lleva a las escaleras y dice: “vamos a medirte”, te coloca bajo la escalera de concreto, las manos en la pared, los pies a 50cm, te estiras. Él se pone detrás. Sientes su cuerpo próximo al tuyo, su estatura sobra, se acomoda, te pide que te voltees, lo tienes de frente a 10 centímetros. Te besa: “No eres alta” dice. No sabes qué decir. Él se va, tú te quedas. Nadie dijo que esto pasaría. Ni nadie supo que sucedió.

Vas caminando de su brazo después de una tranquila comida, la luz de la tarde les calienta la espalda mientras llegan a casa. Te gusta ver cómo los rayos del sol hacen ver más rubio su cabello y más azules sus ojos. Han sido 8 años juntas, un tiempo que jamás imaginaste, sonríes. “Sabes, estaba pensando que en la próxima vida, cuando nos toque encontrarnos, no voy a creer más en la monogamia”.

Acabas de volver a la ciudad después de muchos años. Tratas de adaptarte, de ver si queda algo de ti de hace años, a ver si encuentras algo que te haga sentir menos ajena a esa ciudad donde creciste. Sigues buscando... quieres encontrar... tratas de ver. No encuentras nada ni en los rostros, ni en las risas, ni en las calles. Decides no buscar más fuera sino ir adentro directamente. ¿Qué estás buscando? te preguntas y te quedas allí inmóvil para seguir hurgando. Tus búsquedas siempre son lentas porque recorres todos los caminos cientos de veces. Con cosas serias te cuesta trabajo tomar la decisión. “El agua que no se mueve se pudre”. Seguiste quieta mucho tiempo y no estás podrida.

Tu corazón palpita como el de una niña pequeña. Sientes la adrenalina recorrer tu cuerpo, el miedo, el ansia, los nervios, las sabiendas de que te van a regañar, pero qué más da. El aire frío toca tu rostro y despeina tu cabello, estás sentada en el parque viendo cómo sale el humo del cigarro de tu boca, le pasas el cigarro a ella: “Ahorita que regresemos a la casa les decimos que yo salí a la tienda y tú me esperaste en la puerta. Disfruta del momento. Baila como si nadie te estuviera viendo”. Después de todo sólo fue una breve escapada a la tienda a mis 16 años.

Tu madre tenía 35 años cuando se embarazó de ti. La quinta en nacerle, la cuarta aún con vida. “El accidente” es ese cuento de terror que se dice entre voces con miedo, la muerte de un hermano. Tú no eras la gran esperada ni tampoco la gran querida. Tu madre con cuatro hijos y la última con nueve años desbalanceaba su rutina diaria. “El doctor me dijo que estaba loca. Que tenía que abortarte porque tenerte a esa edad era un riesgo sí me lo pensé; pero tu papá no me dejó y le gritó al doctor”.

Estás sentada en la sala, todo mundo convive en la mesa. Tú, ya no eres tú y tratas de reorganizarte en ese círculo. Les observas de lejos. Es la misma dinámica de siempre, todo mundo sentado en el mismo lugar de cada ocho días, menos tú porque no tienen un lugar específico, casi siempre comes en la sala usando el brazo del sillón como mesita, a veces alguien pregunta que si ya estás comiendo, casi siempre tu papá. Hace varios domingos repasas las escenas que has visto una y otra vez durante años, no has querido verlos porque “Hoy ya no soy yo” y temo no me reconozcan o peor, mi dolor pase desapercibido como siempre.

Ángel

De la raíz a la copa 1.55m de un tronco blanco, suave y joven, con venas azules palpitantes que indican los caminos hacia adentro, circulantes. Nada más que una copa de abundante cabello castaño que resguardan unos ojos cafés.

Un cuerpo frágil, pequeño, delgado que se viste y desviste a placer. Puedo reconocer a una que no estaba hace tres años. No existe más la timidez, es un porte seguro con huesos fuertes, pero con la serenidad intacta. La simetría de mi templo.

La expresión del rostro refleja el carácter que, a veces, me es desconocido, pero se ha posado en mis ojos la dureza de la determinación, la voracidad de la independencia y la tesitura del amor y la bondad.

De ojo a ojo la fuerza, de pezón a pezón la ternura, de sahasrara a muladhara la energía de 33 años vividos con intensidad.

Que te amo y te cuido.

Te perdono y te quiero.

Porque me amo, me cuido, me perdono y me quiero.

Soy mi templo y mi móvil.

Mi tiempo y de mí.

Siempre he reconocido en mi cuerpo el valor de mis adentro y he agradecido la salud de la que he gozado, aunque antes no fuese tan claro como lo es ahora, con sus formas, colores, olores y sabores. He ido reconociendo sus partes como he descubierto las estaciones que siempre son las mismas, pero nunca con iguales porque en mí existen los elementos que son cambiantes y a veces soy fuego avivado por el viento o la tierra húmeda por el agua o fuego extinto y aire húmedo.

Ojos para ver

piel para sentir

fe para creer
tiempo para oír
caminos para recorrer
dolores que redimir
al arder, más.

Lucybell

Siendo tierra

Un día creces y de repente te das cuenta de que tu existencia está ligada a muchas vidas, a muchas cosas y aunque duela el tiempo en las heridas, es tu vida.

Hace 19 años –marcha atrás–, en una habitación oscura con una ventana ciega morían los sueños. La casa estaba siendo devorada por una oscuridad profunda, la habitación apenas si podía contener vida.

Tu cuerpo recostado sobre la cama intenta conciliar el sueño, callar el ruido de afuera, las voces y los gritos, el vacío, la infelicidad; pese a todo hay calma en ese pequeño cubo.

Inhalas.

Mantienes los ojos cerrados como si de verdad estuvieras en un sueño muy profundo, cualquiera que te viera diría con seguridad: duerme.

Exhalas.

Tu mente trabajando como siempre, inquieta imagina el momento de su propia muerte. Se ve un cuerpo inerte en una caja de muerto, es el tuyo. Se ve casi igual que ese que está recostado sobre la cama en medio de la oscuridad.

La gente se arremolina sollozando, el típico caso solemne, el silencio incómodo, los murmulos, el olor a parafina y flores. Observas desde fuera con cierto aire de indiferencia.

Sin embargo, qué podrías decir de ver entrar a dos viejillos que miran de reojo tu cajón de muerto mientras miran al suelo con tus ojos llenos de lágrimas, tus manos entrelazadas entre ellos, tu cabello cano, el dolor en tus rostros.

Sientes.

Tu cuerpo comienza a estremecerse en el cajón, las lágrimas salen. En el lugar la gente se lamenta por los viejos que llegan al pie de esa cama. Los gritos de dolor de tu madre. Los puños cerrados de tu padre. Los brazos de tus hermanas/o apoyados en los viejos. Es la primera vez que escuchas ese sonido de lamentación que te rompe.

Tu cuerpo en la cama inerte.
Llora tu madre.
Tu cuerpo en la caja se incorpora.
Hace vacío.

Ves el rostro de tu hermano muerto entre la multitud.

Te lamentas.
Te disculpas.
Te duele.
Pides que pare.

Ya no puedes contener el llanto, abres los ojos y al pie de tu cama aún puedes ver las cinco siluetas dolientes y los bordes de tu caja de muerto.

Berreas como si fuese la primera vez.

Al final de los días, somos las personas que conocimos, aquellas que amamos, con las que reímos, por las que lloramos. Somos los libros que leímos, la música que escuchamos, las películas que vemos, los lugares que vistamos.

Siempre terminamos estando compuestos por pequeños fragmentos de lo que se nos cruza en la vida. Cada instante es un tesoro, sin ello...

... “Sin ti, yo no sería yo”

Ojos del silencio

Sentir.

¿Qué se siente sentir?

¿Qué es sentir?

¿Para qué sirve?

A veces doy vueltas, caminando o flotando o volando. Giro sobre mi propio eje, me miro las manos y las reconozco, han sido quienes han alimentado mi curiosidad, mi ansiedad por vivir, mi forma de explorar lo que hay en el mundo, lo que me habita.

Si alguien mirara mis manos y dijera:

¿Qué se siente?

Yo podría decir:

Todo. El universo. La vida.

Tú.

Y entonces el Mar Muerto se me desbordaría por los ojos sin poderlo contener.

Pero nadie mira y nadie pregunta. El sentir se queda encapsulado, en espera. Estando el mundo allá afuera, a quién puede importarle lo que llevo dentro entre ese espacio que forman mis senos.

El amor: mi búsqueda insaciable.

El tacto: mi camino.

La vista: siempre ha sido defectuosa, poco confiable.

Lo demás lo he ido descubriendo con el tiempo, definiendo olores y sabores. Las letras también, esas llegaron solas mientras mis ojos saltaban celosos. Su sonido se anidaba en mi cabeza como kinestesia. Palabras de agua, como serpientes, dulces, ásperas, impregnantes.

Amante.

Convertirme en una amante y volverme como esas palabras, mirarme la piel y detectar la tinta de unos labios, cálidos, húmedos, amorosos, sin voz.

Sentir en el choque de piel a devorar el camino directo a la muerte, el implotar de los cuerpos y la explosión de la mente. Estar vivos.

Esposa.

Dejar atrás todo egoísmo. Sostener la mano que sostiene mi mano y a aquella mirada que sostiene a la mía ese breve instante que es la vida.

Madre.

Suma de vidas. El reconocimiento de mi corporeidad y ser testigo del surgimiento de lo sagrado dentro de lo profano o profanado.

Artista.

Sentir.

¿Qué se siente sentir?

¿Qué es sentir?

¿Para qué sirve?

La vida.

Je suis

En el inicio de los días la pesadumbre le abrumaba. La vida era aquello que pasaba frente a sus ojos. Había cierta incertidumbre de creer y crecer, pero ¿Hacia dónde? Y ¿cómo? Entre un mundo tan basto. Quién podría ser o creerse ella si sólo había fragmentos de su ser.

Después todo se fue tornando más claro. Tomó a la vida y al mundo en sus manos. Era suyo, por y para ella. Sólo hacía falta un empujón para entender que sus manos y su mente eran suficientes para alcanzarlo todo.

La fuerza venía de no sé dónde ni cómo; pero ahí estaba presente y, a veces, todas las personas lo veían y ella no u sólo cuando ella pudo mirar, lo descubrió todo.

No lo hizo sola, hay una larga lista de diosas que le han alimentado tras el paso de los años, y una larga lista de personas que le han alentado a ser.

El espíritu siempre grita salir: siempre se manifiesta; “si no crees, te van a hacer creer”. Después ella creyó y ahora todo se torna más claro.

Es su vida, su historia, sus pasos y su tiempo.

Raquel sonrisa	Raquel tristeza	Raquel hechicera
Raquel amante	Raquel olvido	Raquel madre
Raquel linda	Raquel nada	Raquel esposa
Raquel instante	Raquel oscura	Raquel esperanza
Raquel azul	Raquel soledad	Raquel acuario
Raquel futuro	Raquel nocturna	Raquel niña
Raquel amor	Raquel cruz	Raquel rana
Raquel hada	Raquel enigma	Raquel música
Raquel droga	Raquel miedo	Raquel memoria
Raquel ciclo	Raquel vacío	Raquel paz
Raquel mar	Raquel inolvidable	Raquel aire
Raquel amiga	Raquel después	Raquel fuerza
Raquel sueño	Raquel siniestra	Raquel fiel

Raquel Lu	Raquel fatale	Raquel leal
Raquel mirada	Raquel monstruo	Raquel única
Raquel deseo	Raquel Mariana	Raquel musa
Raquel alma	Raquel idílica	Raquel capaz
Raquel pasado	Raquel bruja	Raquel circundante
Raquel presente	Raquel demonio	Raquel decidida
Raquel recuerdo	Raquel dolor	Raquel amada
Raquel espejo	Raquel magia	Raquel Raquel.
Raquel sombra	Raquel fría	
Raquel silencio	Raquel muerte	
Raquel midnight	Raquel milagro	

Y el espíritu brota libre tras cada exhalación y se renueva al inhalar.

Si algo he aprendido al paso de los años es a creer en mí, en todo lo que puedo lograr y a saber quién he sido, quién soy y quién quiero llegar a ser. La lealtad y la fidelidad a mí y mis ideales son mis cartas de presentación.